

salvar todo lo que los españoles han creado con tanto esfuerzo y su poder de destrucción relativizaría problemas menores como el de la corrupción de los alimentos y todos esos miniproblemas actuales que revelan el talante de una sociedad quejica, esclava de las satisfacciones más inmediatas y primarias. Ante el riesgo de una bomba de neutrones, ¿qué importa que el agua se pudra, que el aceite se corra, que el pan reviente los intestinos?

-Desde este punto de vista.

-Desde esta perspectiva.

-Razón no le falta.

-Ya era hora de que se hablara claramente.

-Hay que nuclearizar a España.

Pidió voz el señor García Díez.

-Entonces, ¿no es un error insistir en que la entrada en la OTAN no implica la nuclearización de España? Se tendría que decir lo contrario. Que les vamos a nuclearizar hasta los bañones.

-El señor García Díez es, como siempre, la voz de la economía, en este caso de la economía de las actitudes -recuperó la palabra Oliart-. De momento se creará un estado de ánimo receloso y dentro de algún tiempo, cuando la entrada en la OTAN sea un hecho irreversible, comunicaremos al personal que estamos más nuclearizados que un huevo de gallina, y entonces la disciplina mental habrá penetrado para siempre en España.

-¡Por fin un pueblo a nivel europeo!

-¡A nivel occidental!

A nivel mundial.

Rosón y Sancho Rof habían escuchado a Oliart, primero boquiabiertos, y luego cabizbajos. Comprendían que en la solución final que el gran capital había preparado para España poco tendrían que aportar. Era otro miedo. Otro control.

-Leopoldo, ¿cuando estemos nuclearizados, de qué podría disfrazarme?

Preguntó Rosón.

-De puente colgante.

-¿Y yo? ¿podré seguir siendo responsable de la Sanidad?

-Nacionalizaremos el seguro de entierro y te nombraremos director general de pompas fúnebres.

-¡Nos haremos socialdemócratas!

Gritaron a un tiempo Rosón y Sancho Rof, con la indignación que les quedaba, indignación que revoloteó sin pena ni gloria sobre las cabezas, y que ya había desaparecido cuando Sancho Rof volvió a su despacho, con los sapos dormidos en la cartera y un gran vacío en el cerebro y el corazón.

-Dime brujo, ¿hay algún remedio contra la bomba de neutrones?

-Ser de los que la tiran, excelencia.

■ M.V.M. Ilustraciones de Guillén.

EL FRACASO DE A. K. O ARISTOTELES SIEMPRE GANA

POZUELO

HACIA los años 30, un ingeniero varsoviano que se había naturalizado en los Estados Unidos, Korzybski -Alfred Habdank Skarbek Korzybski,

para los amantes de la exactitud: 1879-1950- se formuló una interesante pregunta: «¿Por qué las estructuras construidas por los ingenieros no suelen derrumbarse o, si lo hacen, los errores físico-matemáticos u otros errores de evaluación se descubren con facilidad; y, en cambio, los sistemas económicos, políticos y sociales, construidos igualmente por el hombre, se derrumban frecuentemente en guerras, revoluciones, depresiones financieras, paro...?». A. K. había pasado por la guerra, había sido herido y había visto toda clase de desastres. En 1917 fue enviado con una misión militar a Estados Unidos y no quiso volver más de allí: tal era la impresión que le había causado la catástrofe europea. Se quedó a profesar su ciencia propia, a la que dio el nombre de Semántica General, en Chicago. Que por aquella época no era, tampoco, un modelo de sociedad perfecta.

A. K. se empeñó en buscar respuestas a su pregunta. Encontró que los ingenieros usan «un lenguaje especial y reducido, pero perfecto, llamado matemáticas»; no ya cuando hablan entre sí, sino cuando piensan. Este lenguaje tiene la misma estructura que los hechos con los que tratan. En cambio, los políticos y otros constructores de estructuras humanas utilizan lenguajes que no son similares a las estructuras de los hechos en que trabajan: prejuicios o dogmas escasamente científicos o precientíficos, mitológicos y metafísicos. Por lo tanto, no funcionan. Buscando un culpable, como es muy frecuente en cualquier experiencia o deducción humana, el señor K encontró que el mayor era Aristóteles. Es evidente que Aristóteles construyó un sistema de valores poco simpático, que ha sido seguido e



interpretado de una manera menos simpática aún. Un viejo conservador gruñón y duro. Un hombre que decía: «Cuanto más hallazgos hago por mí mismo, y sólo por mí mismo, más amo el mito.» Para K., la sociedad aristotélica de su tiempo tenía tres premisas básicas y profundamente equivocadas, a saber: 1) La idea de que el sujeto y el predicando son idénticos («el uso del 'es' como identidad»); 2) la exclusión de todos los valores de juicio que no sean el de verdad y falsedad (ignorancia de todos los valores intermedios); 3) la ley de la contradicción. En consecuencia, definió su sistema como no-aristotélico («A», en la simplificación) y trató de encontrar el sistema lingüístico político de nuestro tiempo, al cual dio el nombre de Semántica General.

Probablemente, el bondadoso e inteligente señor K. no quiso tener en cuenta que este juego babélico no era precisamente un error de los políticos, sino más bien algo deliberado y aceptado. Por ese tiempo estaban ya en marcha dos operaciones de propaganda grandiosas, la de Stalin y la de